

La Duenda

Evelio Rosero

loqueleo

para Ximena Ruiz Salas, al sur

Primer paisaje

Existía sola, inalcanzable, en la niebla de una colina, y descendía sobre los campos como una luz que nosotros padecíamos. La descubríamos de improviso, a cualquier vuelta de camino, en un bosque, en el abismo, en cualquier principio o llegada. Era la Duenda. Desnuda, nos sonreía un instante y desaparecía. Queríamos seguirla y no la encontrábamos, podía volar sobre las olas y atravesar el mar de orilla a orilla, podía olvidarnos, y, sin embargo, algo dentro de nosotros todavía la percibía, era su transparencia azul, que nos colmaba, y oíamos su corazón, nos endulzaba su aliento, nos fascinaba al tiempo que nos aterraba, sentíamos que seguíamos con ella, y tan cerca que podíamos tocarla, y era cuando también por dentro desaparecía (como una burla de agua sonora, un palpito, una caricia), de modo que la soñábamos, para intentar asirla

por una vez en la vida, volar como ella y entenderla, pero tan pronto la soñábamos despertábamos, era imposible verla cuando queríamos.

10 La primera vez que la vimos éramos niños, aún. Íbamos al pueblo. Nos maravilló su vuelo inesperado en torno a los ojos, su abrazo candente. De inmediato caímos dormidos; era verano, los trigales fulgían amarillos como largas lagunas rizadas, los pájaros se detenían en la mitad del cielo, como pintados, y el sol giraba. Dormíamos sobre la hierba cálida, debajo de un sauce encumbrado y solitario, todavía lejos de la carretera, y desde que cerramos los ojos la conocimos, era una mujer, la mujer que desde entonces soñaríamos; nos rozó los labios con sus labios y nos dio a beber una especie de licor salado, como una lágrima. ¿Era posible que dentro de un mismo sueño y al mismo tiempo la misma mujer nos besara a todos? Éramos tres, tres hermanos. Al despertar uno de nosotros contó el sueño, y resultó idéntico: todos lo habíamos soñado. Estábamos pálidos, temblábamos. Echamos a correr



a la casa. Yo era el menor, diez años; iba detrás, espantado, la primera víctima si ella nos perseguía y nos envolvía; huimos hasta la casa y todavía en la casa —roja y ancha en mitad de un campo de trigo, donde vivíamos con nuestro abuelo, donde crecíamos— todavía en la sombra protectora de sus tejados la sentimos, sus labios seguían mojándonos, “Como el anís” diría uno de nosotros, recordándola, “igual que agua de anís”, pues la extrañábamos: tenía una aureola temblorosa alrededor de cada una de sus manos, y quemaba.

—Es la Duenda —nos dijo el abuelo—, en esta tierra hay duendes, pero también duendas, ay, como si yo no lo supiera, ¿estaba desnuda?, es la Duenda, ¿quemaba?, la Duenda, la mismísima, no hagan caso de ella, déjenla que aparezca y desaparezca, que se vaya cuando quiera, ustedes no la sigan, gócenla mientras la vean, pero tan pronto se esfume olvídenla como se olvida uno de la lluvia hasta que regresa, no la sigan, no la llamen, la Duenda tiene todos los nombres, escucha todos los

llamados, y quién sabe qué genio lleva cuando la interrumpen, no la llamen, vive en su silencio de siglos y nuestras voces para ella son duras como piedras sobre flores, quién sabe si se enfada o le da por ayudarnos en las vueltas y revueltas de la vida, quién sabe si le da por encontrarnos cuando nos perdemos o perdernos para siempre, hechizarnos de un beso, o abrazarnos y pasmarnos para toda la eternidad, desaparecernos, volvernos como de aire, fantasmas, gente ya muerta y vencida, no la sigan, no la sigan, es duenda, y a las duendas les gusta mucho que las sigan, huyen, pero dejan el rastro, se las arreglan para mortificarnos, lo que sucede por milagro es que ustedes son niños, no ven el rastro de la Duenda, no huelen su huella, todavía no aprenden a olerla, y es mejor así, no la sigan, fíjense, una Duenda ya hace tiempos se burló de Eustasio, mi compadre, ustedes lo conocen, ese viejo de pelos blancos y casi sin pelos, todo callado, ese viejo que les trajo a cada uno una flauta de regalo la Navidad pasada, ese triste viejo feo fue un día joven y bello, un hombre sabio, pero un mal lunes madrugó a pescar a la laguna, dijo que sentía ganas de trucha, y cuando regresó

tenía el pelo blanco de miedo, nos contó que una Duenda le salió al paso y lo convirtió en anzuelo y se lo tragó entero y que él dentro de la Duenda se sentía como en el cielo, flotando, se veía de color azul, flotaba, iba por los cielos sin nubes, volaba como en el cielo, era el cielo, hasta que oyó la voz de la Duenda que le dijo: “ahora vete de mí, serás viejo y serás feo, tendrás el pelo blanco y morirás”, así le dijo y lo escupió del cielo, lo arrojó sin misericordia, le mostró el cielo para después quitárselo, el buen Eustasio regresó maldecido, su pelo blanco de miedo, su cuello arrugado, su corazón chupado, más muerto que vivo, tiene solo cincuenta años y ustedes lo ven, parece de noventa, es como si ya se fuera a morir, no la oigan, no la llamen, no la sigan.

Pero éramos niños, aún. Pronto quisimos encontrarla y corrimos por los valles a gritos, subimos a los árboles, hundimos nuestras voces en el agua, no nos oía, la invocamos en las cuevas, nos perdimos, nos desesperamos, gritamos los nombres de

mujer que se nos ocurrieron, no acudía, inventamos todos los nombres, no respondía, callamos, tampoco aparecía, ni soñándola, pues también en los sueños estaba desaparecida. Entonces fingimos que nos olvidamos de ella, hasta que la olvidamos, y la recordamos la tarde que el viejo Eustasio se apareció a visitar al abuelo: solían jugar ajedrez en el pasillo, bebían chicha y fumaban, se despedían sin comentario.

15

Verlo al viejo Eustasio fue constatar que la Duenda se lo había tragado. ¿Cómo nunca nos dimos cuenta? Era en realidad una extraña sombra sin sombra, un aparecido. Nadie supo cuándo llegó. Saludó sin saludarnos y se miró con el abuelo como dos amigos demasiado viejos que lo han hablado todo. Dispusieron las fichas sobre el tablero, en el corredor sombreado de la casa, y a duras penas cambiaron una que otra palabra sobre el clima y un caballo que llegó sin dueño al pueblo. Nosotros merodeábamos igual que gatos a su rededor, los contemplábamos hasta que ellos nos olvidaron. El viejo Eustasio, sentado, tan grande como inmóvil, miraba los campos como ensoñado y parecía transparente. Se diría que era un hombre

triste si de vez en cuando no arrojara unas carcajadas inmensas que retemblaban en las paredes, que hacían palidecer las porcelanas, que convocaban un eco hondo en el corazón de todo. Nadie sabía por qué reía, y ya estábamos acostumbrados. Cuando la risa ocurría el abuelo indiferente miraba a otra parte y esperaba. Ahora era distinto. Sabíamos lo que sabíamos, pendíamos impacientes de la ya próxima risotada, hasta que la oímos venir, igual que la creciente del río: el viejo Eustasio trepidaba. Descubrimos que era como si se acordara de algo, pero también detrás de cada risotada creímos adivinar una suerte de melancolía. Era más triste entre más se reía.

—Don Eustasio —le dijimos por fin, aprovechando un receso, justamente cuando el abuelo servía más chicha en los vasos—. ¿Es cierto que usted conoce a la Duenda?

Se bebió dos tragos sin dudarlo, en seguidilla. Prendió un cigarro, y solo después de fumárselo nos respondió:

—No hay que jugar con fuego.

Y se despidió de nosotros, de lejos, abanicando su sombrero, como si ya nunca más pensara en volver a vernos, como si ya para siempre se despidiera, y solo nos recomendó, de lejos, a grandes voces, voces de lejos que sonaban igual que largos lamentos de despedida: “Muchachos, nunca toquen la flauta a solas”, y se marchó por el camino empedrado, y no regresó jamás. Pues el compadre Eustasio del Hierro murió un domingo en el pueblo; se le acabó el corazón durante una pelea de gallos. El abuelo, como tantos, lo acompañó al cementerio. La abuela no fue: también había muerto, y estaba, como el compadre Eustasio, de viaje, quién sabe dónde, lejos, pero cerca —de cualquier manera— porque el abuelo la recordaba: siempre que miraba una flor decía “Ay Otilia” como si se partiera, porque la abuela en vida fue una sembradora de flores; interrogaba a la abuela y la escuchaba —aunque nosotros no la oyéramos— como si ella se encontrara a solo un paso de distancia, como si ella durmiera a su lado, como si ella comiera con él, como si ella viviera.

Tampoco nosotros acudimos al entierro. El abuelo no permitió que lo acompañáramos. Quedamos

solos al cuidado de la casa, del caballo, de la vaca, del gato, de los chivos, de Negro y Ruido, nuestros perros, y del sembrado. Entonces pensar en la muerte era como acordarse de alguien que se fue de viaje y que en un país tiene que estar, ojalá en paz y recordándonos. Sabíamos que a esa hora de la tarde debían encontrarse enterrando al viejo Eustasio, y eso quería decir que se iba de viaje, como si en lugar de enterrarlo lo subieran a un caballo con alas, pronto a volar, en la mitad de otra risotada. “Ya estará volando”, pensábamos, “muerto de risa”, y lo olvidamos.

Tostábamos el café en el solar, removíamos los granos con las palas, esperábamos así el regreso del abuelo cuando en eso, sin anuncio, el mundo entero quedó en silencio y un viento frío nos bajó por los rostros hasta el alma. El cielo pareció de cristal: de un momento a otro se rompería y caería sobre nosotros. Las cosas seguían quietas, pero parecían palpar, o palpitaban, nos oían, y también sonaban, pero sin sonar. Eran ruidos por dentro. Flautas y cuerdas que se escuchaban, pero no sonaban, alaridos de las flores, gritos de las piedras, del aire mismo, voces del agua de la alberca,

palabras de los leños y carbones de la cocina, músicas, músicas hondas, y en medio de las músicas, imponiéndose por encima de las voces de la tierra, la oímos a ella. Era un canto delgado que al principio confundimos con un pájaro. No era un pájaro. Era ella, en el techo rojo de la casa, sentada al filo de la chimenea, los brazos desplegados como alas, las piernas cruzadas, contemplándonos mientras cantaba, desnuda, el largo cabello a su alrededor flotaba como algo vivo, la luz rodeaba sus manos, y se desprendía de sus manos, y la recorría por las piernas, por la cintura, era redonda por todas partes, parecía palpitir con la tierra, los ojos verdes fosforesceaban, dos llamas, dos llamas.

19

—No hay que jugar con fuego —se oyó en el aire desde la más remota distancia la voz del viejo Eustasio como la última despedida. Luego oímos su última risotada. Luego nada. Solo un silencio que ardía. Mis dos hermanos corrieron veloces al interior de la casa, veloces, igual que un alarido. Y detrás suyo iban Negro y Ruido, el rabo entre las patas, como si los apedrearán. No los acompañé, no podía, estaba petrificado, como enclavado, una raíz en mí mismo. Pues no eran frecuentes las mujeres

desnudas en los techos de la casa. No eran frecuentes las mujeres desnudas. No eran frecuentes las mujeres. De vez en cuando solo llegaba la vieja Brígida a vendernos la panela. O nos ayudaba con las cosas. Pequeña y oscura, envuelta en chales oscuros, el velo negro cubriendo su pelo de ceniza, no era justamente una mujer para nosotros. Y ahora, en el techo, una mujer, una Duenda o una muchacha, dueña de nosotros por su desnudez, por su mirada, por sus palabras: dejó de cantar y me dijo que subiera con ella; tres veces me llamó, suavemente, abanicando un dedo, tres veces me dijo:

—Sube conmigo.

No respondí. De pronto descubrí que no sabía hablar. ¿Cómo eran las palabras? ¿Cómo las pronunciábamos?

—Sube conmigo —dijo—. Sube a mi lado. Te juro que nunca serás viejo si me tocas.

Su voz era un largo y delgado viento en la cara, regándose hacia adentro y más adentro de los ojos, ensoñándose.

Fui hasta la tapia y empecé a trepar, sobreco-gido. En poco tiempo gané el techo, y, a medida que me aproximaba a ella, más me iluminaba de

